

Lucía. ¿Qué queréis? Vamos á ver.
 Juan. Ver.
 Lucía. ¿Ver? ¿Qué veréis á esta hora?
 Juan. A tu señora.
 Lucía. Idos, hidalgo, en mal hora;
 ¿Quién pensais que vive aquí?
 Juan. Doña Ana Pantoja, y
 Quiero ver á tu señora.
 Lucía. ¿Sabeis que casa Doña Ana?
 Juan. Si, mañana.
 Lucía. ¿Y ha de ser tan infiel ya?
 Juan. Si será.
 Lucía. ¿Pues no es de Don Luis Mejía?
 Juan. ¡Cá! otro día.
 Hoy no es mañana, Lucía;
 Yo he de estar hoy con Doña Ana,
 Y si se casa mañana,
 Mañana será otro día.
 Lucía. ¡Ah! ¿en recibiros está?
 Juan. Podrá.
 Lucía. ¿Qué haré si os he de servir?
 Juan. Abrir.
 Lucía. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?
 Juan. Ese bolsillo.
 Lucía. ¿Oro?
 Juan. Pronto te dió el brillo.
 Lucía. ¿Cuanto!
 Juan. De cien doblas pasa.
 Lucía. ¡Jesus!
 Juan. Cuenta y dí: ¿esta casa
 Podrá abrir ese bolsillo?
 Lucía. ¡Oh! si es quien me dora el pico....
 Juan. Muy rico. [Interrumpiéndola].
 Lucía. ¿Sí? ¿qué nombre usa el galan?
 Juan. Don Juan.
 Lucía. ¿Sin apellido notorio?
 Juan. Tenorio.
 Lucía. ¿Animas del purgatorio!
 ¿Vos Don Juan?
 Juan. ¿Qué te amedrenta,
 Si á tus ojos se presenta
 Muy rico Don Juan Tenorio?
 Lucía. Rechina la cerradura.
 Juan. Se asegura.
 Lucía. ¿Y á mí quién? ¿Por Belcebú!
 Juan. Tú.
 Lucía. ¿Y qué me abrirá el camino?
 Juan. Buen tino.
 Lucía. ¡Bah! ir en brazos del destino....
 Juan. Dobra el oro.
 Lucía. Me acomodo.
 Juan. Pues mira como de todo
 Se asegura tu buen tino.
 Lucía. Dadme algun tiempo, pardiez.
 Juan. A las diez.
 Lucía. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?
 Juan. Aquí.
 Lucía. ¿Con qué estaréis puntual, eh?
 Juan. Estaré.
 Lucía. Pues yo una llave os traeré.
 Juan. Y yo otra igual cantidad.
 Lucía. No me falseis.
 Juan. No en verdad;

A las diez aquí estaré.
 A Dios pues, y en mí te fia.
 Lucía. Y en mí el garboso galan.
 Juan. A Dios pues, franca Lucía.
 Lucía. A Dios pues, rico Don Juan.
 [Lucía cierra la ventana. Ciutti se acerca á Don
 Juan á una seña de este].

ESCENA XII.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan riéndose. Con oro nada hay que falle:
 Ciutti, ya sabes mi intento;
 A las nueve en el convento,
 A las diez en esta calle. [Vanse].

ACTO TERCERO.

PROFANACION.

Celda de Doña Inés. Puerta en el fondo y á la
 izquierda.

ESCENA I.

DOÑA INES, LA ABADESA.

Abad. ¿Con que me habeis entendido?
 Inés. Sí, señora.
 Abad. Está muy bien;
 La voluntad decisiva
 De vuestro padre tal es.
 Sois jóven, cándida, y buena;
 Vivido en el claustro habeis
 Casi desde que nacisteis:
 Y para quedar en él
 Atada con santos votos
 Para siempre, ni aun teneis
 Como otras pruebas difíciles
 Ni penitencia que hacer.
 Dichosa mil veces vos;
 Dichosa, sí, Doña Inés,
 Que no conociendo el mundo
 No le debeis de temer.
 ¡Dichosa vos, que del claustro
 Al pisar en el dintel
 No os volveréis á mirar
 Lo que tras vos dejaréis!
 Y los mundanos recuerdos
 Del bullicio y del placer
 No os turbarán tentadores
 Del ara santa á los piés;
 Pues ignorando lo que hay
 Tras esa santa pared,
 Lo que tras ella se queda
 Jamás apeteceréis.
 Mansa paloma enseñada
 En las palmas á comer
 Del dueño que la ha criado
 En doméstico vergel,
 No habiendo salido nunca
 De la protectora red,
 No ansiaréis nunca las alas
 Por el espacio tender.

Lirio gentil, cuyo tallo
 Mecieron solo tal vez
 Las embalsamadas brisas
 Del mas florecido mes,
 Aquí á los besos del aura
 Vuestro cáliz abriréis,
 Y aquí vendrán vuestras hojas
 Tranquilamente á caer.
 Y en el pedazo de tierra
 Que abarca nuestra estrechez,
 Y en el pedazo de cielo
 Que por las rejas se ve,
 Vos no veréis mas que un lecho
 Do en dulce sueño yacer,
 Y un velo azul suspendido
 A las puertas del Edén.
 ¡Ay! en verdad que os envidio,
 Venturosa Doña Ines,
 Con vuestra inocente vida
 La virtud del no saber.
 ¿Mas por qué estais cabizbaja?
 ¿Por qué no me respondeis
 Como otras veces alegre
 Cuando en lo mismo os hablé?
 ¿Suspirais?... ¡Oh! ya comprendo:
 De vuelta aquí hasta no ver
 A vuestra aya estais inquieta,
 Pero nada receleis.
 A casa de vuestro padre
 Fué casi al anochecer,
 Y abajo en la portería
 Estará: yo os la enviaré,
 Que estoy de vela esta noche.
 Con que, vamos, Doña Inés,
 Recogeos, que ya es hora:
 Mal ejemplo no me deis
 A las novicias, que há tiempo
 Que duermen ya: hasta despues.
 Inés. Id con Dios, madre abadesa.
 Abad. Adios, hija.

ESCENA II.

DOÑA INES.

Ya se fué.

No sé qué tengo, ¡ay de mí!
 Que en tumultuoso tropel
 Mil encontradas ideas
 Me combaten á la vez.
 Otras noches complacida
 Sus palabras escuché;
 Y de esos cuadros tranquilos
 Que sabe pintar tan bien
 De esos placeres domésticos,
 La dichosa sencillez
 Y la calma venturosa,
 Me hicieron apetecer
 La soledad de los claustros
 Y su santa rigidez.
 Mas hoy la oí distraida,
 Y en sus pláticas hallé,
 Si no enojosos discursos,
 A lo menos aridez.
 Le tomaré.

Y no sé por qué al decirme
 Que podria acontecer
 Que se acelerase el dia
 De mi profesion, temblé,
 Y sentí del corazon
 Acelerarse el vaiven,
 Y teñirme el semblante
 De amarilla palidez.
 ¡Ay de mí...! ¡pero mi dueña
 Dónde estará...! Esa mujer
 Con sus pláticas al cabo
 Me entretiene alguna vez.
 Y hoy la echo menos... acaso
 Porque la voy á perder,
 Que en profesando es preciso
 Renunciar á cuanto amé.
 Mas pasos siento en el claustro;
 ¡Oh! reconozco muy bien
 Sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III.

DOÑA INES, BRIGIDA.

Brig. Buenas noches, Doña Inés.
 Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?
 Brig. Voy á cerrar esta puerta.
 Inés. Hay órden de que esté abierta.
 Brig. Eso es muy bueno y muy santo
 Para las otras novicias
 Que han de consagrarse á Dios,
 No, Doña Ines, para vos.
 Inés. Brígida, no ves que vicias
 Las reglas del monasterio
 Que no permiten....
 Brig. ¡Bah! ¡bah!
 Mas seguro así se está,
 Y así se habla sin misterio
 Ni estorbos: ¡habeis mirado
 El libro que os he traido?
 Inés. Ay, se me habia olvidado.
 Brig. ¿Pues me hace gracia el olvido?
 Inés. ¿Como la madre abadesa
 Se entró aquí inmediatamente!
 Brig. ¡Vieja mas impertinente!
 Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?
 Brig. Vaya si interesa, mucho.
 ¿Pues quedó con poco afan
 El infeliz!
 Inés. ¿Quién?
 Brig. Don Juan.
 Inés. ¡Válgame el cielo! ¡qué escucho!
 ¿Es Don Juan quien me le envía?
 Brig. Por supuesto.
 Inés. ¡Oh! yo no debo
 Tomarle.
 Brig. Pobre Mancebo!
 Desairarle así, seria
 Matarle.
 Inés. ¿Qué estas diciendo?
 Brig. Si ese horario no tomais,
 Tal pesadumbre le dais
 Que va á enfermar, lo estoy viendo.
 Inés. Ah, no, no: de esa manera

Bríg. Bien haréis
Inés. ¡Y qué bonito es!
Bríg. Ya veis;
 Quien quiere agradar se esmera.
Inés. Con sus manecillas de oro,
 ¡Y cuidado que está prieto!
 A ver, á ver si completo
 Contiene el rezo del coro.
(Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.)
 Mas ¡qué cayó?
Bríg. Un papelito.
Inés. ¡Una carta!
Bríg. Claro está;
 En esa carta os vendrá
 Ofreciendo el regalito.
Inés. ¡Qué! ¡Será suyo el papel?
Bríg. ¡Vaya, que sois inocente!
 Pues que os feria, es consiguiente
 Que la carta será de él.
Inés. ¡Ay Jesus!
Bríg. ¡Qué es lo que os da?
Inés. Nada, Brígida, no es nada.
Bríg. No, no; si estais inmutada:
(Ya presa en la red está.)
 ¡Se os pasa?
Inés. Sí.
Bríg. Eso habrá sido
 Cualquier mareillo vano.
Inés. Ay, se me abraza la mano
 Con que el papel he cogido.
Bríg. Doña Inés, válgame Dios,
 Jamas os he visto así:
 Estais trémula.
Inés. ¡Ay de mí!
Bríg. ¡Qué es lo que pasa por vos?
Inés. No se... El campo de mi mente
 Siento que cruzan perdidas
 Mil sombras desconocidas
 Que me inquietan vagamente,
 Y há tiempo al alma me dan
 Con su agitacion tortura.
Bríg. ¡Tiene alguna por ventura
 El semblante de D. Juan?
Inés. No sé: desde que le ví,
 Brígida mia, y su nombre
 Me dijiste, tengo á ese hombre
 Siempre delante de mí.
 Por do quiera me distraigo
 Con su agradable recuerdo,
 Y si un instante le pierdo,
 En su recuerdo recaigo.
 No sé qué fascinacion
 En mis sentidos ejerce,
 Que siempre hácia él se me tuerce
 La mente y el corazon:
 Y aquí y en el oratorio,
 Y en todas partes advierto
 Que el pensamiento divierto
 Con la imágen de Tenorio.
Bríg. ¡Válgame Dios! Doña Inés,
 Segun lo vais explicando,
 Tentaciones me van dando
 De creer que eso amor es.

Inés. ¡Amor has dicho!
Bríg. Sí, amor.
Inés. No, de ninguna manera.
Bríg. Pues por amor lo entendiera
 El menos entendedor;
 Mas vamos la carta á ver:
 ¡En qué os parais? ¡un suspiro!
Inés. ¡Ay! que cuanto mas la miro
 Menos me atrevo á leer.
(Lee.) "Doña Inés del alma mia."
 ¡Virgen Santa, qué principio!
Bríg. Vendrá en verso, y será un ripio
 Que traerá la poesia.
 Vamos, seguid adelante.
Inés, lee. "Luz de donde el sol la toma,
 "Hermosísima paloma
 "Privada de libertad;
 "Si os dignais por esas letras
 "Pasar vuestros lindos ojos,
 "No los torneis con enojos
 "Sin concluir, acabad."
Bríg. ¡Qué humildad! ¡y qué finura!
 ¡Dónde hay mayor rendimiento!
Inés. Brígida, no sé qué siento.
Bríg. Seguid, seguid la lectura.
Inés, lee. "Nuestros padres de consuno
 "Nuestras bodas acordaron,
 "Porque los cielos juntaron
 "Los destinos de los dos.
 "Y halagado desde entonces
 "Con tan risueña esperanza,
 "Mi alma, Doña Inés, no alcanza
 "Otro porvenir que vos.
 "De amor con ella en mi pecho
 "Brotó una chispa ligera,
 "Que han convertido en hoguera
 "Tiempo y aficion tenaz.
 "Y esta llama que en mí mismo
 "Se alimenta inextinguible,
 "Cada dia mas terrible
 "Va creciendo y mas voraz."
Bríg. Es claro; esperar le hicieron
 En vuestro amor algun dia,
 Y hondas raices tenia
 Cuando á arrancársele fueron.
 Seguid.
Inés, lee. "En vano á apagarla
 "Concurren tiempo y ausencia,
 "Que doblando su violencia
 "No hoguera ya, volcan es.
 "Y yo que en medio del cráter
 "Desamparado batallo,
 "Suspendido en él me hallo
 "Entre mi tumba y mi Inés."
Bríg. ¡Lo veis, Inés! Si ese horario
 Le despreciais, al instante
 Le preparan el sudario.
Inés. Yo desfallezco.
Bríg. Adelante.
Inés, lee. "Inés, alma de mi alma,
 "Perpétuo iman de mi vida,
 "Perla sin concha escondida
 "Entre las algas del mar;

"Garza que nunca del nido
 "Tender osastes el vuelo
 "El diáfano azul del cielo
 "Para aprender á cruzar;
 "Si es que á través de esos muros
 "El mundo apenas miras
 "Y por el mundo suspiras
 "De libertad con afan,
 "Acuérdate que al pié mismo
 "De esos muros que te guardan
 "Para salvarte te aguardan
 "Los brazos de tu Don Juan."
(Representa.) ¡Qué es lo que me pasa, ¡cielo!
 Que me estoy viendo morir?
Bríg. ¡Ya tragó todo el anzuelo.)
 Vamos, que está al concluir.
Inés, lee. "Acuérdate de quien llora
 "Al pié de tu celosía,
 "Y allí le sorprende el dia
 "Y le halla la noche allí;
 "Acuérdate de quien vive
 "Solo por tí, ¡vida mia!
 "Y que á tus piés volaria
 "Si le llamaras á tí."
Bríg. ¡Lo veis! vendria.
Inés. ¡Vendria!
Bríg. A postrarse á vuestros piés.
Inés. ¡Puede?
Bríg. ¡Oh! sí.
Inés. ¡Virgen María!
Bríg. Pero acabad, Doña Inés.
Inés, lee. "A Dios, oh luz de mis ojos;
 "A Dios, Inés de mi alma:
 "Medita por Dios en calma
 "Las palabras que aquí van:
 "Y si odias esa clausura,
 "Que ser tu sepulcro debe,
 "Manda, que á todo se atreva
 "Por tu hermosura Don Juan."
(Representa Doña Inés.)
 ¡Ay! ¡qué filtro envenenado
 Me dan en este papel,
 Que el corazon desgarrado
 Me estoy sintiendo con él?
 ¡Qué sentimientos dormidos
 Son los que revela en mí?
 ¡Qué impulsos jamás sentidos!
 ¡Qué luz que hasta hoy nunca ví?
 ¡Qué es lo que engendra en mi alma
 Tan nuevo y profundo afan?
 ¡Quién roba la dulce calma
 De mi corazon?
Bríg. Don Juan.
Inés. ¡Don Juan dices...! ¡con que ese hombre
 Me ha de seguir por do quier?
 ¡Solo he de escuchar su nombre?
 ¡Solo su sombra he de ver?
 ¡Ah! bien dice: juntó el cielo
 Los destinos de los dos,
 Y en mi alma engendró este anhelo
 Fatal.
Bríg. ¡Silencio, por Dios!
(Se oyen dar las ánimas.)

Inés. ¡Qué?
Bríg. Silencio.
Inés. Me estremezco.
Bríg. ¡Ois, Doña Inés, tocar?
Inés. Sí, lo mismo que otras veces
 Las ánimas oigo dar.
Bríg. Pues no habéis de él.
Inés. ¡Cielo santo!
 ¡De quién?
Bríg. ¡De quién ha de ser?
 De ese Don Juan que amais tanto,
 Porque puede aparecer.
Inés. ¡Me amedrentas! ¡puede ese hombre
 Llegar hasta aquí?
Bríg. Quizá.
 Porque el eco de su nombre
 Tal vez llega adonde está.
Inés. ¡Cielos! ¡y podrá?...
Bríg. Quien sabe.
Inés. ¡Es un espíritu pues?
Bríg. No, mas si tiene una llave....
Inés. ¡Dios!
Bríg. Silencio, Doña Inés:
 ¡No ois pasos!
Inés. ¡Ay! ahora
 Nada oigo.
Bríg. Las nueve dan.
 Suben... se acercan... Señora....
 Ya está aquí.
Inés. ¡Quién?
Bríg. Él.
Inés. ¡Don Juan!

ESCENA IV.

DOÑA INES, DON JUAN, BRIGIDA.

Inés. ¡Qué es esto! sueño... deliro.
Juan. ¡Inés de mi corazon!
Inés. ¡Es realidad lo que miro,
 O es una fascinacion...?
 Tenedme... apenas respiro...
 Sombra... huye por compasion.
 ¡Ay de mí...!
*(Desmáyase Doña Inés y Don Juan la sostiene.
 La carta de Don Juan queda en el suelo abandonada por Doña Inés al desmayarse.)*
Bríg. La ha fascinado
 Vuestra repentina entrada,
 Y el pavor la ha trastornado.
Juan. Mejor, así nos ha ahorrado
 La mitad de la jornada.
 ¡Ea! no desperdiciemos
 El tiempo aquí en contemplarla
 Si perdernos no queremos.
 En los brazos á tomarla
 Voy, y cuanto antes ganemos
 Ese claustro solitario.
Bríg. ¡Oh, vais á sacarla así!
Juan. Necia, ¡piensas que rompí
 La clausura temerario
 Para dejármela aquí!
 Mi gente abajo me espera:
 Sígueme.

Brig. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! este hombre es una fiera,
Nada le ataja ni altera....
Sí, sí; á su sombra me voy.

ESCENA V.
LA ABADESA.

Jurara que habia oído
Por estos claustros andar:
Hoy á Doña Inés velar
Algo mas la he permitido,
Y me temo.... Mas no están
Aquí. ¡Qué pudo ocurrir
A las dos para salir
De la celda? ¡Dónde irán?
¡Hola! yo las ataré
Corto para que no vuelvan
A enredar y me revuelvan
A las novicias.... sí á fé.
Mas siento por allá fuera
Pasos. ¡Quién es?

ESCENA VI.
LA ABADESA, LA TORNERA.

Torn. Yo, señora.
Abad. ¡Vos en el claustro á esta hora!
¡Qué es esto, hermana tornera?
Torn. Madre abadesa, os buscaba.
Abad. ¡Qué hay? decid.
Torn. Un noble anciano
Quiere hablaros.
Abad. Es en vano.
Torn. Dice que es de Calatrava
Caballero; que sus fueros
Le autorizan á este paso,
Y que la urgencia del caso
Le obliga al instante á veros.
Abad. ¡Dijo su nombre?
Torn. El señor
Don Gonzalo Ulloa.
Abad. ¡Qué
Puede querer?... Abalé,
Hermana: es comendador
De la órden, y derecho
Tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII.

LA ABADESA, DON GONZALO DESPUES.

Abad. ¡A una hora tan avanzada
Venir así....? no sospecho
Qué pueda ser.... mas me place,
Pues no hallando á su hija aquí
La reprenderá, y así
Mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII.

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA A LA
PUERTA.

Gonz. Perdonad, madre abadesa,
Que en hora tal os moleste;
Mas para mí, asunto es este

Que honra y vida me interesa.
Abad. ¡Jesus!
Gonz. Oid.
Abad. Hablad pues.
Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro
De mas quilates que el oro
Y ese tesoro es mi Inés.
Abad. A propósito.
Gonz. Escuchad.
Se me acaba de decir
Que han visto á su dueña ir
Há poco por la ciudad
Hablando con el criado
De un Don Juan, de tal renombre
Que no hay en la tierra otro hombre
Tan audaz ni tan malvado.
En tiempo atrás se pensó
Con él á mi hija casar,
Y hoy que se la fué á negar
Robármela me juró:
Que por el torpe doncel
Ganada la dueña está
No puedo dudarle ya:
Debo pues guardarme de él.
Y un dia, un hora quizás
De imprevision le bastara
Para que mi honor manchara
Ese hijo de Satanás.
Hé aquí mi inquietud cual es:
Por la dueña en conclusion
Vengo: vos la profesion
Abreviad de Doña Inés.
Abad. Sois padre, y es vuestro afan
Muy justo, comendador;
Mas ved que ofende á mi honor.
Gonz. No sabéis quién es Don Juan.
Abad. Aunque le pintais tan malo,
Yo os puedo decir de mí
Que mientras Inés esté aquí
Segura está, Don Gonzalo.
Gonz. Lo creo; mas las razones
Abreviemos; entregadme
A esa dueña y perdonadme
Mis mundanas opiniones.
Si vos, de vuestra virtud
Me respondeis, yo me fundo
En que conozco del mundo
La insensata juventud.
Abad. Se hará como lo ecsigís.
Hermana tornera, id pues
A buscar á doña Inés
Y á su dueña.
Gonz. ¡Qué decís,
Señora? ó traicion me ha hecho
Mi memoria, ó yo sé bien
Que esta es hora de que estén
Ambas á dos en su lecho.
Abad. Há un punto sentí á las dos
Salir de aquí, no sé á qué.
Gonz. ¡Ay! por qué tiemblo no sé.
¡Mas qué veo, Santo Dios!
Un papel.... me lo decia
A voces mi mismo afan.

(Leyendo.) "Doña Inés del alma mia...."
Y la firma de Don Juan.
Ved.... ved.... esa prueba escrita.
Leed ahí.... ¡Oh! mientras que vos
Por ella rogais á Dios
Viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX.

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA.

Torn. Señora....
Abad. ¡Qué es?
Torn. Vengo muerta.
Gonz. Concluid.
Torn. No acierto á hablar....
He visto á un hombre saltar
Por las tapias de la huerta.
Gonz. ¡Veis! corramos: ¡ay de mí!
Abad. ¡Dónde vais, comendador?
Gonz. ¡Imbécil! tras de mi honor,
Que os roban á vos de aquí.

ACTO CUARTO.

EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO.

Quinta de Don Juan Tenorio cerca de Sevilla
y sobre el Guadalquivir. Balcon en el fondo. Dos
puertas á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA, CIUTTI.

Brig. ¡Qué noche, válgame Dios!
A poderlo calcular
No me meto yo á servir
A tan fogoso galan.
¡Ay, Ciutti! molida estoy;
No me puedo menear.
Ciut. ¡Pues qué os duele?
Brig. Todo el cuerpo
Y toda el alma además.
Ciut. ¡Ya! no estais acostumbrada
Al caballo, es natural.
Brig. Mil veces pensé caer:
¡Uf! ¡qué mareo! ¡qué afan!
Veia yo unos tras otros
Ante mis ojos pasar
Los árboles como en alas
Llevados de un huracan,
Tan aprieta y produciéndome
Ilusion tan infernal,
Que perdiera los sentidos
Si tardamos en parar.
Ciut. Pues de estas cosas veréis
Si en esta casa os quedais
Lo menos seis por semana.
Brig. ¡Jesus!
Ciut. ¡Y esa niña está
Reposando todavía?
Brig. ¡Y á qué se ha de despertar?
Ciut. Sí, es mejor que abra los ojos

En los brazos de Don Juan.
Brig. Preciso es que tu amo tenga
Algún diablo familiar.
Ciut. Yo creo que sea él mismo
Un diablo en carne mortal,
Porque á lo que él, solamente
Se arrojara Satanás.
Brig. ¡Oh! ¡el lance ha sido estremado!
Ciut. Pero al fin logrado está.
Brig. ¡Salir así de un convento
En medio de una ciudad
Como Sevilla!
Ciut. Es empresa
Tan solo para hombre tal.
Mas ¡qué diablos! si á su lado
La fortuna siempre va,
Y encadenado á sus piés
Duerme sumiso el azar.
Brig. Sí, decís bien.
Ciut. No he visto hombre
De corazon mas audaz;
Ni halla riesgo que le espante,
Ni encuentra dificultad
Que al empeñarse en vencer
Le haga un punto vacilar.
A todo osado se arroja,
De todo se ve capaz,
Ni mira dónde se mete,
Ni lo pregunta jamás.
Allí hay un lance, le dicen:
Y él dice: "Allá va Don Juan."
¡Mas ya tarda, vive Dios!
Brig. Las doce en la catedral
Han dado há tiempo.
Ciut. Y de vuelta
Debía á las doce estar.
Brig. ¡Pero por qué no se vino
Con nosotros?
Ciut. Tiene allá
En la ciudad todavia
Cuatro cosas que arreglar.
Brig. ¡Para el viaje?
Ciut. Por supuesto;
Aunque muy fácil será
Que esta noche á los infiernos
Le hagan á él mismo viajar.
Brig. ¡Jesus, qué ideas!
Ciut. Pues digo,
¡Son obras de caridad
En las que nos empleamos
Para mejor esperar!
Aunque seguros estamos
Como vuelva por acá.
Brig. ¡De veras, Ciutti?
Ciut. Venid
A este balcon y mirad.
¡Qué veis?
Brig. Veo un bergantin
Que anclado en el rio está.
Ciut. Pues su patron solo aguarda
Las órdenes de D. Juan,
Y salvos en todo caso,
A Italia nos llevará.

Brig. ¡Cierto?
Ciut. Y nada receleis
 Por nuestra seguridad;
 Que es el barco mas velero
 Que boga sobre la mar.
Brig. ¡Chist! ya siento á Doña Inés.
Ciut. Pues yo me voy, que Don Juan
 Encargó que sola vos
 Debíais con ella hablar.
Brig. Y encargó bien, que yo entiendo
 De esto.
Ciut. A Dios pues.
Brig. Vete en paz.

ESCENA II.

DOÑA INES, BRIGIDA.

Inés. Dios mio, ¡cuánto he soñado!
 Loca estoy: ¡qué hora será?
 ¡Pero qué es esto? ¡ay de mí!
 No recuerdo que jamás
 Haya visto este aposento.
 ¡Quién me trajo aquí?
Brig. Don Juan.
Inés. Siempre Don Juan... ¡mas conmigo
 Aquí tú tambien estás,
 Brígida?
Brig. Sí, Doña Inés.
Inés. Pero dime en caridad,
 ¿Dónde estamos? ¡Este cuarto
 Es del convento?
Brig. No tal:
 Aquello era un cuchitril
 En donde no habia mas
 Que miseria.
Inés. Pero en fin,
 ¿En dónde estamos?
Brig. Mirad,
 Mirad por este balcon,
 Y alcanzaréis lo que va
 Desde un convento de monjas
 A una quinta de D. Juan.
Inés. ¿Es de Don Juan esta quinta?
Brig. Y creo que vuestra ya.
Inés. Pero no comprendo, Brígida,
 Lo que me hablas.
Brig. Escuchad.
 Estabais en el convento
 Leyendo con mucho afan
 Una carta de Don Juan,
 Cuando estalló en un momento
 Un incendio formidable.
Inés. ¡Jesus!
Brig. Espantoso, inmenso;
 El humo era ya tan denso
 Que el aire se hizo palpable.
Inés. Pues no recuerdo...
Brig. Las dos
 Con la carta entretenidas,
 Olvidamos nuestras vidas,
 Yo oyendo, y leyendo vos.
 Y estaba en verdad tan tierna,
 Que entrambas á su lectura

Achacamos la tortura
 Que sentiamos interna.
 Apenas ya respirar
 Podiamos, y las llamas
 Prendian ya en nuestras camas:
 Nos íbamos á asficiar,
 Cuando Don Juan, que os adora,
 Y que rondaba el convento,
 Al ver crecer con el viento
 La llama devastadora,
 Con inaudito valor
 Viendo que íbais á abrasaros,
 Se metió para salvaros
 Por donde pudo mejor.
 Vos al verle así asaltar
 La celda tan de improviso
 Os desmayasteis... preciso,
 La cosa era de esperar.
 Y él cuando os vió caer así
 En sus brazos os tomó
 Y echó á huir; yo le seguí,
 Y del fuego nos sacó.
 ¿Dónde íbamos á esta hora?
 Vos seguíais desmayada,
 Yo estaba ya casi ahogada.
 Dijo pues: "Hasta la aurora
 En mi casa las tendre."
 Y hénos, Doña Inés, aquí.
Inés. ¿Con que esta es su casa?
Brig. Sí.
Inés. Pues nada recuerdo á fé.
 Pero... ¡en su casa...! Oh, al punto
 Salgamos de ella... yo tengo
 La de mi padre.
Brig. Convengo
 Con vos; pero es el asunto...
Inés. ¿Qué?
Brig. Que no podemos ir.
Inés. Oir tal me maravilla.
Brig. Nos aparta de Sevilla...
Inés. ¿Quién?
Brig. Vedlo, el Guadalquivir.
Inés. ¿No estamos en la ciudad?
Brig. A una legua nos hallamos
 De sus murallas.
Inés. ¡Oh! ¡estamos
 Perdidas!
Brig. ¡No sé en verdad
 Por qué!
Inés. Me estás confundiendo,
 Brígida... y no sé qué redes
 Son las que entre estas paredes
 Temo que me estás tendiendo.
 Nunca el claustro abandoné
 Ni sé del mundo exterior
 Los usos, mas tengo honor;
 Noble soy, Brígida, y sé
 Que la casa de Don Juan
 No es buen sitio para mí:
 Me lo está diciendo aquí
 No sé qué escondido afan.
 Ven, huyamos.
Brig. Doña Inés,

La existencia os ha salvado.
Inés. Sí, pero me ha envenenado
 El corazon.
Brig. ¿Le amais pues?
Inés. No sé... mas por compasion
 Huyamos pronto de ese hombre,
 Tras de cuyo solo nombre
 Se me escapa el corazon.
 ¡Ah! tú me diste un papel
 De mano de ese hombre escrito,
 Y algun encanto maldito
 Me diste encerrado en él.
 Una sola vez le ví
 Por entre unas celosías,
 Y que estaba me decias
 En aquel sitio por mí.
 Tú, Brígida, á todas horas
 Me venias de él á hablar,
 Haciéndome recordar
 Sus gracias fascinadoras.
 Tú me dijiste que estaba
 Para mio destinado
 Por mi padre... y me has jurado
 En su nombre que me amaba.
 ¿Que le amo dices?... pues bien,
 Si esto es amar, sí, le amo;
 Pero yo sé que me infamo
 Con esa pasion tambien.
 Y si el débil corazon
 Se me va tras de Don Juan,
 Tirándome de él están
 Mi honor y mi obligacion.
 Vamos, pues, vamos de aquí
 Primero que ese hombre venga;
 Pues fuerza acaso no tenga
 Si le veo junto á mí.
 Vamos, Brígida.
Brig. Esperad.
 ¿No ois?
Inés. ¿Qué?
Brig. Ruido de remos.
Inés. Sí, dices bien; volverémos
 En un bote á la ciudad.
Brig. Mirad, mirad, Doña Inés.
Inés. Acaba... por Dios partamos.
Brig. Ya imposible que salgamos.
Inés. ¿Por qué razon?
Brig. Porque él es
 Quien en ese barquichuelo
 Se adelanta por el rio.
Inés. ¡Ay! ¡dadme fuerzas, Dios mio!
Brig. Ya llegó, ya está en el suelo.
 Sus gentes nos volverán
 A casa, mas antes de irnos
 Es preciso despedirnos
 A lo menos de Don Juan.
Inés. Sea; y vamos al instante.
 No quiero volverle á ver.
Brig. (Los ojos te hará volver
 El encontrarle delante.)
 Vamos.
Inés. Vamos.
Ciutti dentro. Aquí están.

Juan, idem. Alumbra.
Brig. ¿Nos busca!
Inés. Él es.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN.

Juan. ¿Adónde vais, Doña Inés?
Inés. Dejadme salir, Don Juan.
Juan. ¿Que os deje salir?
Brig. Señor,
 Sabiendo ya el accidente
 Del fuego, estará impaciente
 Por su hija el comendador.
Juan. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado
 Por Don Gonzalo, que ya
 Dormir tranquilo le hará
 El mensaje que le he enviado.
Inés. ¿Le habeis dicho?...
Juan. Que os hallabais
 Bajo mi amparo segura,
 Y el aura del campo pura
 Libre por fin respirabais.
 ¡Cálmate pues, vida mia!
 Reposa aquí, y un momento
 Olvida de tu convento
 La triste cárcel sombría.
 ¡Ah! ¡No es cierto, ángel de amor,
 Que en esta apartada orilla
 Mas pura la luna brilla
 Y se respira mejor?
 Esta ¡aura que vaga llena
 De los sencillos olores
 De las campesinas flores
 Que brota esa orilla amena;
 Esa agua limpia y serena
 Que atraviesa sin temor
 La barca del pescador
 Que espera cantando al dia,
 ¿No es cierto, paloma mia,
 Que están respirando amor?
 Esa armonía que el viento
 Recoje entre esos millares
 De floridos olivares,
 Que agita con manso aliento;
 Ese dulcísimo acento
 Con que trina el ruiseñor
 De sus copas morador
 Llamando al cercano dia;
 ¿No es verdad, gacela mia,
 Que están respirando amor?
 Y estas palabras que están
 Filtrando insensiblemente
 Tu corazon ya pendiente
 De los labios de Don Juan,
 Y cuyas ideas van
 Inflamando en su interior
 Un fuego germinador
 No encendido todavia,
 ¿No es verdad, estrella mia,
 Que están respirando amor?
 Y esas dos líquidas perlas
 Que se desprenden tranquilas